



La Guardia Nacional nicaragüense, ejército a sueldo del dictador Somoza —en la foto superior, mientras entra en la ciudad Estelí—, ha llevado a cabo un brutal genocidio en aquel país centroamericano. Sea cual sea la solución que se encuentre, los millares de muertos ya no tendrán amnistía.

LA SANGRE DE NICARAGUA

SE asesina a un pueblo en Latinoamérica. Se le asesina mientras hay terribles silencios. No olvidemos el del presidente Suárez cuando, en Venezuela, donde se denuncia continuamente el genocidio del Presidente Somoza sobre su propio pueblo nicaragüense para mantenerse en el poder, se evocó el tema de Nicaragua. El del Pa-

pá, a quien se envían telegramas pidiéndole un socorro espiritual, y cartas con recortes de prensa donde se ve la fotografía del nuncio en Managua brindando con Somoza a la hora en que se fusilaba en las calles de las ciudades ocupadas. El de la reunión de la OEA, en Washington, donde los cancilleres democráticos que proponían una resolución,

ya en sí ambigua y blanda, la veían bloqueada por la fuerza de los dictadores, bien implantados y bien seguros de sí mismos a pesar de todas las proclamaciones en defensa de los "derechos humanos", la campaña de Carter que no llega a traspasar los límites de la propaganda verbal.

Todo este silencio o toda esta vaguedad se produce cuando la

revolución nicaragüense ha sido, sin duda, estimulada por los propios Estados Unidos, que abrieron unos claros de esperanza en la situación general. Pero los Estados Unidos saben bien qué clase de cambios de régimen patrocinan o amparan: aquéllos que sostienen una democracia controlada que mantenga la relación íntima de los poderes establecidos con Washington. ¿Podría irse más allá de lo que estaba previsto? ¿Quién contiene una revolución cuando se pone en marcha, quién la controla?

Indudablemente, un dictador. Un dictador con las manos duras, con las metralletas engrasadas y los cohetes de los aviones dispuestos a destruir ciudades y vidas humanas. Siempre han servido para eso los dictadores: por lo visto, han de continuar sirviendo. No deben estar maduros los pueblos de Latinoamérica —ni los de Irán, ni los de otros países donde hay una huella americana que conservar fresca y limpia— para ninguna clase de democracia controlada.

Lo cual no quiere decir que Somoza haya ganado. Ni siquiera sobre las ruinas, y la sangre, de las grandes ciudades del país, destruidas por su propio Ejército. Los comunicados de victoria que emitía el lunes por la mañana, indicando que la sublevación estaba vencida y aplastada, no son suficientemente creíbles. Hay fuerzas del frente amplio revolucionario que se mantienen en pie. Las guerrillas crecen. Es uno de los efectos de la represión desmedida: las gentes se van al campo y a la montaña, para defender unas vidas que de otra forma están condenadas.

Probablemente, Somoza no aguantará los resultados de la situación a la que él mismo ha llevado a su país. Probablemente, habrá un acuerdo para que alguien le suceda, alguien que tenga el visto bueno de la OEA y de Washington, alguien que pueda proclamar una amnistía —para las víctimas: los verdugos nunca la necesitan— y se llegará, tarde o temprano, a una de las maneras de democracia con "derechos humanos" que preconiza Washington, aunque sea otra forma de entrega del país.

Pero los millares de muertos —se habla de cifras que van de 4.000 a 10.000— ya no tendrán amnistía. Y costará mucho trabajo volver a levantar el país sobre la doble ruina del somocismo: la que en muchos años de dinastía ha empobrecido el país, la que en unos días de represión ha asolado todas sus ciudades y enlutado todas sus familias. ■